

Goicoechea, Verónica (septiembre 2004). *Entrevista a Tulio Guterman : Negocios y poder en los Juegos Olímpicos*. En: Encrucijadas, no. 27. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubu.sisbi.uba.ar>>

Entrevista a Tulio Guterman

Negocios y poder en los Juegos Olímpicos

Tulio Guterman es integrante activo y miembro fundador del Área Interdisciplinaria de Estudios del Deporte de la UBA, psicólogo especializado en psicología del deporte y profesor de Educación Física. Es fundador y director de <http://www.efdeportes.com>, un sitio dedicado, desde hace más de siete años, a brindar información alternativa y de libre acceso sobre temas de deporte. Lejos del discurso exitista de la mayoría de los medios de comunicación, se anima a analizar los Juegos Olímpicos desde la cruda realidad que emerge durante los cuatro años que transcurren entre un evento olímpico y otro.

Verónica Goicoechea

El primer registro histórico de un Juego Olímpico en Grecia se remonta al año 776 a. C. Si bien desde los primeros tiempos los conflictos políticos y religiosos se dieron cita en la esfera olímpica, en sus inicios los juegos eran considerados un evento sagrado, atlético y cultural.

El exceso de profesionalismo y las manifestaciones sangrientas fueron degradando los antiguos juegos que vieron su fin en el año 394 d. C., cuando, por considerarlos una manifestación pagana, fueron prohibidos por el emperador romano, recientemente converso al cristianismo, Teodosio I.

Ni él, ni el barón Pierre de Coubertin, responsable de recuperar la tradición en 1896 a través de la primera cita olímpica de la era moderna, serían capaces hoy de imaginar en qué se ha convertido el mayor evento mundial de todos los tiempos.

Con la participación de 202 países, gastos de miles de millones de dólares en seguridad, reglamentaciones turbias, sospechas de fraude, el acecho de un posible atentado y un medallero por demás previsible, los recientes 28º Juegos Olímpicos de Atenas permiten tanto un análisis político económico como deportivo.

—Antes de los juegos, Argentina parecía llegar a Atenas con mayores posibilidades que otras veces, ¿a qué se debió esto?

—No, no tenía mayores posibilidades. Yo creo que estaba en las mismas condiciones que antes. Hay un tema acá que tiene que ver con los medios, que justamente, previo a los Juegos, necesitan volver llamativo el evento para convocar a enormes audiencias. Uno de los candidatos que daban los medios era el fútbol, pero siempre hubo una incoherencia en la AFA en cuanto a la valoración de los Juegos Olímpicos. Desde siempre ha tenido una política bastante errática y lo consideraba como un evento de segundo orden. Hasta que en el '96 en Atlanta llega a la final olímpica y la pierde. Nunca le ha dado la importancia que tenía el evento porque importa más el Mundial de Fútbol. Esto cambió cuando pocos días antes de los Juegos el New York Times dio al equipo argentino como candidato y todos los medios se colgaron esto. Vale la pena recordar que Julio Grondona, presidente de la AFA, es también uno de los vicepresidentes de la FIFA, organismo que tiene el

poder económico que le permite ser renuente a apoyar el fútbol en el evento olímpico. Detrás del fútbol va el resto de los deportes, en los cuales la información que va pegada aparece "futbolizada" por los periodistas especializados. Esto es, construida sobre datos pasionales y supuestos de superioridad y grandeza, sin ningún tipo de racionalidad...

–¿A qué atribuye Ud. que los medios puedan influir tanto en la percepción de la población?

–Es muy interesante el papel definatorio que tienen los medios. Si tomamos cualquier periódico, el discurso de los valores nacionales hoy está más fuertemente representado en la sección deportiva que, por ejemplo, en la sección económica. En la sección económica hay que negociar, transigir, someterse, para pertenecer; en la sección deportiva no, ahí hay que apretar los dientes y ganar, si salimos segundos somos un desastre. Si en la sección económica cedemos el patrimonio nacional a costa del empobrecimiento de la mayoría de la población no es tan significativo como lo que ocurre en el campo deportivo, donde el orgullo nacional es un tema clave. Yo, honestamente, creo que Argentina tuvo las mismas posibilidades que en otros momentos, pero previo a los Juegos hay que construir consenso y convocar al público a que participe, a que "sea argentino", y participe como televidente.

–Entonces, ¿la forma de convocar audiencia estaría íntimamente relacionada con el discurso nacionalista?

–Esto hay que leerlo en términos más amplios. En nuestro país hay una ruptura en el concepto de nacionalidad. Esto se percibe en la poca credibilidad de instituciones tradicionales del Estado como el caso de la escuela.

Es llamativa la tapa de la revista Billiken, en la semana previa al inicio de los Juegos, porque uno ve hasta dónde llega esto del deslizamiento hacia otros héroes nacionales. Esta revista ha liderado la construcción mítica de nuestros héroes en el ámbito escolar. Una construcción obviamente fragmentada, construida a medias, de próceres que hoy han sido cuestionados.

Hablar de próceres del siglo XIX en el siglo XXI parece que no cuaja. Hay una ausencia total de próceres en un país que ha sido asolado por dictaduras o gobiernos que han llevado a la pobreza a grandes sectores de la población. Y en la tapa de la revista Billiken de principios de agosto, fecha en que supuestamente debería aparecer el libertador General San Martín cruzando los Andes en su caballo blanco, los héroes nacionales son Magdalena Aicega, jugadora de hockey sobre césped; Ginóbili, jugador de básquetbol llevando la antorcha olímpica, y Guillermo Coria, jugador de tenis.

–En el orden internacional, ¿qué representaron estos Juegos?

–Hay varios indicadores interesantes que se pueden entrecruzar. Este es un evento, quizás el único, de características globales, de origen milenario. Reaparece tomando viejos elementos míticos para construir una mítica nueva, articulada con valores propios de la modernidad. Es interesante analizar cómo este evento a lo largo de las décadas se va transformando en el actual objeto mediático espectacular de consumo mundial. En un lugar y momento determinados están coincidiendo la totalidad de las naciones conocidas y hasta no conocidas, porque el Comité Olímpico Internacional (COI) tiene una política que no coincide con la ONU en cuanto a la reivindicación de nacionalidades.

Otro punto es qué toman los medios del evento, cosa que coincide en forma llamativa en la manera en que se van transformando o apareciendo los conflictos y las disputas globales, y de qué manera aparece la idea de las naciones.

El evento olímpico se constituye con mayor significación recién después de la Segunda Guerra Mundial. Esencialmente porque uno de los fenómenos que van a impulsar a los Juegos Olímpicos es la Guerra Fría, el enfrentamiento por la hegemonía entre los Estados Unidos y los países occidentales, versus la Unión Soviética y los países del Este, los países comunistas. Los JJ.OO. se transforman en un evento que pretende representar simbólicamente, frente a una audiencia cada cuatro años mayor, el afán de superar al otro, no sólo deportivamente.

—¿En la actualidad cómo se plantean estos conflictos?

—Yo diría que acá hay dos disputas muy poderosas. Una es la hegemonía de Estados Unidos. Por ende, cualquier atleta, de cualquier país del mundo, intenta superar a los atletas norteamericanos. Estados Unidos contra el resto del mundo. Cuando digo resto del mundo estoy hablando de algún país como Cuba, que intenta enfrentar este monopolio, sin lograrlo. Son pocos los atletas que pueden hacerlo. Ya nadie se enfrenta a los Estados Unidos, sino que aspira a integrarse a su modelo social, tratando de disfrutar de los beneficios que brinda el deporte profesional como negocio multimillonario. Acá tenemos un ejemplo de este fenómeno que es el “Manu” Ginóbili. De todas maneras, esto no es exclusivo de las figuras deportivas, ocurre en el campo del arte y la cultura. Por ejemplo, los cantantes o grupos musicales “locales” que son comercializados por grandes sellos discográficos o en el cine, la recientemente estrenada película de animación Patoruzito, supuesto héroe argentino-patagónico, es distribuida por Disney.

Pero yo creo que estuvo latente otra disputa que es más fuerte y espectacular, que es un tema atroz, que tiene que ver con la continuidad o no de los Juegos Olímpicos. Hay autores que ya están planteando que el enfrentamiento no es entre naciones, sino que hoy está ligado a cuestiones religiosas. El modelo del capitalismo que hoy lidera Estados Unidos y seguido por muchos países versus el fundamentalismo islámico, aunque asumamos que para el Islam el deporte es un objeto cultural que viene a ocupar espacio donde a ellos no les interesa participar.

—¿No hay representación en los Juegos de las naciones islámicas?

—La representación es mínima. Ellos van a invertir muy poco porque es un tema que no tiene nada que ver con su cultura. Para los sectores más duros, el deporte es una práctica totalmente foránea y repudiable como modelo social. Un ejemplo de esto que te comento es la ausencia casi total de mujeres en las delegaciones de las naciones del Islam, lo cual es coherente con sus políticas de sometimiento y exclusión.

Hay que decirlo: esta disputa puede poner en duda la continuidad de los Juegos. Para estos Juegos Olímpicos se han gastado cifras extraordinarias en seguridad. Entonces, de imaginar un atentado, hubiese sido de dimensiones tales que hubiese puesto en duda la continuidad de los Juegos. Ya no se trata acá de quién saca más medallas o quién obtiene el récord.

Este evento escenifica un modelo social. Asumamos que los Juegos Olímpicos significan también un enfrentamiento para obtener prestigio, poder y dinero, que permite obtener hegemonía.

Si uno tomara cinco o seis indicadores de desarrollo de un país e hiciera una tabla con los resultados, coincidiría con el medallero olímpico. Estados Unidos se ubica a la cabeza y los diez o doce países que lo siguen en el medallero obtienen más preseas que el resto de los países juntos. Muchos directamente no se llevan nada. Esto es más que una metáfora.

–¿Podríamos decir que el enfrentamiento con los Estados Unidos de alguna manera estuvo presente a través de la amenaza de un atentado y de la continuidad misma de los juegos?

–Por supuesto. Además, se realizaron en Atenas que representaba en la antigüedad un conglomerado de pequeñas naciones que en algún momento se confabulan para tener hegemonía por sobre otros grupos diferentes.

Simbólicamente es un territorio muy particular, en condiciones muy particulares, en un momento histórico determinado. Yo no me voy a poner en la mente de los grupos fundamentalistas. Uno no puede imaginar a quién se le ocurrió asesinar a los deportistas israelíes en los juegos olímpicos de Munich, justamente en una ciudad que representaba el poder del nazismo. Ocurrió. Obviamente que en la idea de Estados Unidos estuvo presente que un atentado podía llegar a ocurrir, por eso estas inversiones multimillonarias en seguridad. Además, no olvidemos la lista de invitados: Bush padre, y muchos otros, que son las caras visibles del establishment neoliberal y conservador de los gobiernos de turno. No es casualidad, ellos están abiertamente vinculados, incluso por cuestiones políticas y económicas con el evento.

Esto de creer que el movimiento olímpico es un grupo independiente y que legisla sobre lo deportivo, es falso, está totalmente asociado a grupos económicos y políticos que están apareciendo con nombre y apellido. Es un juego de conveniencia mutua.

–Esta superprofesionalización de los atletas, ¿ha hecho desaparecer el espíritu de los antiguos Juegos Olímpicos?

–En realidad, los juegos antiguos constituyen un evento que recorre más de mil años. ¿En qué momento de esos mil años me ubico para producir una metonimia por la cual me refiero a los “ideales olímpicos”? En mil años te imaginás que ocurre de todo. Los primeros juegos eran un evento casi familiar, de pocas polis o ciudades-Estado, centrados en una cuestión religiosa. Incluso van a pasar cien años para que se realice una prueba similar a lo que hoy sería un evento deportivo o corporal, porque el evento olímpico no nace como un evento deportivo (o mejor dicho, agnóstico corporal), sino como un evento cultural. Era más bien religioso artístico. Al tiempo se incluye una carrera –pensemos en el valor que le dan los griegos al cuerpo–, va a convertirse en agnóstico. Poco a poco se van integrando otras pruebas. Es un evento que recorre mil años de la historia y hay un cambio drástico que es cuando Roma invade el territorio griego. Ahí prácticamente se convierte en un evento político económico.

Los atletas eran especialistas para cada prueba, tenían entrenadores, tenían dedicación full time. Viajaban durante tres meses para llegar y si ganaban regresaban a su pueblo y ganaban un estipendio que les permitía vivir cómodos toda su vida. Estamos entonces frente a prácticas profesionales. Y si los antiguos atletas griegos eran profesionales, entonces, ¿qué es el espíritu de los juegos, es competir por el honor? Hubo casos de atletas que habiendo ganado, en camino a recibir el premio dicen pertenecer a otra polis, porque eso les aseguraba un estipendio mayor, ¿eso es honor? Incluso hubo casos de

trampas, como cortar camino en una carrera, negativas a competir (alguno se escapó la noche anterior por miedo a morir en la arena) y era común el uso de “pociones mágicas” para mejorar el rendimiento. Esto también era el “espíritu” de los Juegos en la antigüedad. Volvemos al tema de cómo uno recorta la historia. En el discurso liviano fue necesario hablar del espíritu de los Juegos. Pero también hay que reconocer que existe la categoría fiesta en el evento. Estamos hablando de una cantidad impresionante de jóvenes deportistas, entrenadores, preparadores, asistentes. Los Juegos son un encuentro social multinacional, multirracial y multiétnico único. Uno podría pensar que están totalmente concentrados y que los vínculos sociales no tienen lugar. Esto no es así. Hay una metáfora de la fiesta que es indudable, especialmente si tenemos en cuenta que el 90% de los atletas viaja al evento a competir sin ninguna posibilidad de medalla. Esto se trata, cuando se apagan las luces de los estadios, de ganadores (muy pocos) y perdedores (la gran mayoría). Y las empresas patrocinadoras utilizan esa metáfora para llenarse los bolsillos de manera fabulosa. Además, esto es un elemento de penetración cultural, ya que se mueve dentro de ciertos parámetros y modelos sociales que no tienen nada que ver con la fiesta.

Es muy difícil sostener la metáfora de la fiesta en medio de un negocio multimillonario. Los deportistas de elite compiten para países, pero cada uno representa a su marca. Ejemplo de esto es que la final de los 100 metros es una lucha tecnológica entre dos o tres empresas por ver quién tiene las zapatillas que conduce al hombre más rápido del mundo. Y esa marca, se sabe que va a obtener ganancias multimillonarias en los siguientes años. ¿Esto es espíritu olímpico? No creo...

—¿Los resultados adversos o el poco rendimiento de Argentina como país en los Juegos Olímpicos son responsabilidad exclusiva de la falta de apoyo estatal?

—Por un lado, nuestro país no ha invertido desde el Estado, en políticas no solo deportivas sino educativas y de salud. Tampoco hay un acompañamiento de las empresas privadas en la formación, y un evento olímpico no se define en las dos semanas y media que dura, sino en los cuatro años previos. Un atleta, para llegar a competir a ese nivel, necesita formarse durante muchos años.

Si los medios se acordaran también de esto, si estas mismas empresas multimediáticas pusieran un mínimo de aporte durante los cuatro años anteriores o posteriores a los Juegos, tendríamos seguro mayores oportunidades. Esto es, si los medios, se ocuparan seriamente del tema, en lugar de confundir a la gente con discursos oportunistas y vacíos.